



CASA DE ZAMORA
PREGÓN SEMANA SANTA 2011
ENRIQUE CRESPO

Excelentísima alcaldesa de la ciudad de Zamora, excelentísimo presidente de la Diputación Provincial de Zamora, excelentísima subdelegada del Gobierno, Presidente de la Junta Pro Semana Santa, representantes de las cofradías, amigos todos. Con permiso, lo primero:

Muchas gracias Ana; se dice que el cariño y los sentimientos nos impiden, a veces, ver la realidad. Creo que eso ha ocurrido con tus palabras cargadas de pasión. Y una humilde forma de corresponderte es dedicarte esta bellísima y, también, apasionada imagen de un grandioso y admirado maestro.

Casi todo lo que hacemos en esta vida debería tener una dedicatoria y en este pregón he querido que sea a todos aquellos que hicieron posible que las semanas santas de mi infancia fueran la mejor época de mi vida: mis abuelos, mis padres, mis hermanos, mis tíos y mis amigos de entonces, algunos de los cuales lo siguen siendo ahora, tantos años después

Pero sobre todo, si este pregón tiene algún mérito, se debe a mi mujer y a mi hija, que han consentido tantas semanas mi dedicación a él y aguantado mis muchos ratos de inquietud

Todo tiene un comienzo y mi presencia ante ustedes se inicia en esa casa de la rúa de los Francos, antes Ramos Carrión. Nuestra casa de verdad, mi auténtica casa, a la que vuelvo siempre que puedo que es menos de lo que quisiera. Ahí radica gran parte de mi vida. Y esta ha girado alrededor de tres constantes: la familia y los amigos, la práctica de la cirugía y la devoción por la Semana Santa. Esos cimientos me han otorgado las mayores satisfacciones que a nivel personal nunca hubiera soñado. Hoy se ha cumplido la última. Nada debo decir de mi familia y de mis amigos porque ellos mismos son la respuesta.

Como veterano cirujano taurino tenía un anhelo, conducir la enfermería de la plaza de toros de mi tierra, Zamora, y ya lo he recibido.

Y me restaba el que la Casa de Zamora en Madrid me ha concedido: pregonar nuestra Semana Santa. Me parece que ya puedo morir en paz porque he conseguido en esta vida cuanto pretendía. Por tanto, gracias a los miembros de esta Casa de Zamora encabezados por su Presidente, Juan Antonio, y a cuantos intercedieron por ello, sobre todo a Emilio, Carlos, Luis y Miguel...

Pero todos deben saber que no me ha resultado nada fácil aceptarlo; y se lo digo con toda franqueza. El caso es que aquí me tienen presto a empezar. Pero ¿Cómo debo hacerlo? Con un argumento: "Lágrimas" ¿Como? Si, lágrimas. Porque eso es lo primero que me viene a la memoria cuando recuerdo las sensaciones que tuve al escuchar por primera vez un pregón de Semana Santa y que ofreció una persona que logró conmover con sus palabras a los presentes y a él mismo hasta hacerle derramar unas cuantas a base de sus recuerdos emocionados.



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Porque ellas puede simbolizar nuestra Semana Santa: Lagrimas, como las de esta amiga, que no puede contenerlas cuando la lluvia impide el desfile de su Virgen de la Esperanza.

En el vínculo de los zamoranos con la Semana Santa, y no solo en esa larga semana de pasión, abundan las lágrimas: pueden ser lágrimas de dolor y sufrimiento como seguro va derramando ese penitente hermano del Cristo Yacente, con la Cruz a cuestas, camino de Viriato; también hay lágrimas de emoción en la celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo; y hay lágrimas de alegría, de amor, incluso de gozo, en las aceras y en las filas; hay lágrimas melancólicas, de añoranza, por los que ya no están con nosotros... Y hay lágrimas como las que yo no hubiera querido derramar mientras escribía este pregón y como las que al leerlo, me parece, derramaré.

A través de algo tan humano como son las lágrimas voy a recordar mis sentimientos sobre la Semana Santa, recorriendo nuestras procesiones desde las evocaciones que me deja en la memoria el paso de los años. Yo les quiero hablar como quien habla confiadamente a un amigo, sin la rigurosidad del erudito, porque no lo soy, ni el vocablo del académico, con lo cual, es posible que mis palabras puedan defraudar a las personas ilustradas pero, por otra parte, creo que aquellos zamoranos de corazón se van a sentir conmovidos. ¿Y cómo enfrentarse a la difícil papeleta que supone proclamar la Semana Santa de Zamora?

Pues, y recurriendo a Juan Manuel de Prada, tomándolo muy en serio, como miran los toreros a la muerte: de cara y por derecho, pero con miedo, porque todos los toreros, todos, sienten miedo cuando se ponen ahí. Igual me ocurre a mi hoy aquí.

¡Que comprometido es escribir sobre la Pasión de un Dios que se hizo hombre! Desde un primer momento tuve el convencimiento de que esta alocución sobre nuestra semana de pasión debía cimentarse en mi memoria y en mi corazón, en mis Semanas Santas ...Que comenzaron hace ya muchos, muchos años y que acaban, por ahora, un 4 de abril de 2.010.

Sin embargo, desde el principio, entendí que con eso solo no bastaba: había que hacerlo desde la gratitud por recibir el don de la fe, por el hallazgo de Cristo, por la fe en Cristo. Por eso he leído y releído el mejor escrito que existe sobre la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo; la historia mejor contada, la más bella y perfecta narración sobre su vida: los Evangelios. Preparar este pregón, profundizar en la Historia de la Sagrada Pasión, me ha ayudado a conocer más a Jesucristo, a comprender mejor su sacrificio y el amor infinito que tiene hacia el hombre, hasta el punto de morir por nosotros para ofrecernos la vida eterna. Así quiero, humildemente, pregonar la Semana Santa de nuestra tierra: desde la fe en Cristo y con la emoción del recuerdo

Cada primavera, las calles de Zamora se llenan durante 9 días de túnicas, caperuças, cruces, hachones, marchas, imágenes y sonidos para expresar emociones y espiritualidad. En las calles de la ciudad se siente el fervor religioso, la devoción de un pueblo, la tradición familiar y que, armonizadas, sirven para escenificar una celebración auténtica que hunde sus raíces en la Edad Media.



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Sobre ese devenir de siglos se han ido edificando unas cofradías y procesiones que han logrado transformar la madera en carne y hacernos volver a vivir la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús como debió acontecer hace más de dos mil años; y que junto a iglesias románicas, vetustas casas y empedradas calles hacen estremecer al que lo contempla. Tienen Zamora y sus gentes que sentirse gozosas de mostrar al mundo su Semana Santa y este humilde hermano de pregonarla.

¿Puede haber zamoranos presenciando los desfiles sin fe? ¿Puede haber hermanos de fila sin fe? ¿Puede haber cargadores que arrimen el hombro durante estos días de la Cuaresma sin fe? Lo que diferencia al cristianismo del resto de las religiones es la creencia, la fe, en que Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros: solo el cristianismo afirma que Dios llegó a convertirse en un ser humano y que lo hizo no para presentarse en Su gloria sino para adoptar forma de siervo y morir en la cruz.

Entiendo que en los tiempos actuales, y en los pretéritos, ante las desgracias, catástrofes, penurias ó enfermedades que nos asolan, nos preguntemos ¿Dónde está Dios? Todos aquellos que creemos, que tenemos fe, podríamos responder que, desde hace siglos, colgado de una cruz que ya había arrastrado por todo el dolor y vergüenza que soportamos los seres humanos. Y en Zamora así debemos entenderlo. Como cristianos, nuestra forma de conmemorar la Pasión y Muerte de Jesucristo, no se explicaría sin la conmovedora grandeza de su Resurrección: el Crucificado resucitado debe ser el modelo de todo hombre

Por supuesto que la Resurrección de Cristo es la piedra angular de la fe cristiana hasta el punto de que si no fuera cierta, no tendría ningún sentido profesarla. Y cierto es que el sepulcro fue hallado vacío. Y cierto es que aquel domingo, durante algunas horas, hubo personas que vieron a Jesús sosegado, transmitiendo vida, aún con las huellas de su martirio; hoy, tantos siglos después, cuanto aconteció ese primer Domingo de Resurrección, nos recuerda que Dios nos ama muy por encima de lo que podemos concebir, que no todo acaba con la muerte y que, principalmente, el Bien acabará prevaleciendo sobre el Mal: con la muerte de Cristo, la Cruz, símbolo de nuestros fracasos y amarguras, se ha transformado en un nuevo comienzo, donde ya brilla el esplendor victorioso del alba en el primer día de Pascua.

Ya les decía anteriormente que Zamora vive ligada a la Semana Santa todos los días, nos lo recuerdan los nombres de muchas calles en cada paseo por la ciudad a lo largo del año. Y nos lo recuerdan sus gentes, me atrevo a decir, incluso, que durante toda la vida. Desde que nos encaminamos a la pila bautismal de San Ildefonso para cristianar a nuestra descendencia hasta que, recogidos en una caja de noble pino, nos ponen ante el Santísimo por última vez, el destino del zamorano permanece unido a las tradiciones y devociones de las cofradías

Esperan los padres el nacimiento de los hijos, emocionados como todos los padres, pero los zamoranos, además, ilusionados por correr y apuntarlos a sus procesiones del alma. Crían a sus niños tarareando la marcha de Thalberg para arrullarlos y quién sabe si también para infundirles desde el principio el espíritu semanasantero de sus antepasados. Aun no mandan los niños al colegio cuando ya les han colocado una palma en la mano, un caperuz en la cabeza ó una cruz en el hombro... Y así son felices los padres, los abuelos y los propios niños.



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

De esta forma, como se ha hecho siempre, hacemos crecer en nuestra descendencia unos sentimientos y unos afectos que nunca se han de borrar aun cuando las circunstancias y obligaciones de la vida les alejen de su ciudad y de la familia. Van a ser esos momentos de la infancia vivida en Zamora los que perpetúen las sensaciones y apremien a los que se marcharon a regresar, aunque sea por unos pocos días, a su tierra para sacudir las túnicas de naftalina y volver a hincarse de rodillas ante el Cristo injuriado.

Y cuando la vida se acaba muchos de ellos piden ser amortajados con sus gastadas percalinas, enterrados con sus decenarios ó que los postreros sonidos que les acompañen en la vida terrenal sean los ecos de la trompeta inmortal y el rudo tambor destemplado.

Traslado del Nazareno. Ya desde este día, los zamoranos queremos centrar nuestras miradas en Cristo y, a continuación, introducirnos en su Pasión a través de nuestras procesiones, si, pero también de la oración y reflexión. Desde que el Hijo de Dios llega a Jerusalén hasta su Resurrección el Domingo de Pascua, la gente de Zamora se dispone a proclamar su tradición cristiana contemplando como Jesús de Nazaret se impone al pecado de los hombres y a su propia muerte. En la tarde de este jueves de dolor, Zamora, como tantos años atrás, comienza a recordarnos que sus gentes han nacido y venido al mundo para ser testigos de la Verdad y proclamar que Cristo está cerca de nosotros aún cuando el mundo actual se aleje de Él.

Y con Jesús Nazareno, con el Mozo, van los zamoranos y las zamoranas con piadosas velas y lágrimas de aflicción, iniciándose la procesión, desde el sentimiento popular pero con el propósito penitencial que representa el Via Crucis. Y allí, en la otra orilla, en San Frontis, los vecinos del barrio, alejados de cualquier laicismo, se asoman a la calle para alumbrar el triste camino de su Jesús hacia el Puente de Piedra; porque esos vecinos de Zamora han sido los primeros a quien se les ha hecho saber las injurias, la tortura y la muerte que le aguardan en los días venideros y por eso, en la calle ó en los balcones, las gentes del barrio le despiden con lágrimas de dolor y cera entre las manos.

Ha pasado ya Jesús el viejo puente de piedra ayudado por muchas y fieles mujeres a las que los años han dejado marcados surcos en las manos y cicatrices en el alma; escuchan los luctuosos sonidos mientras recuerdan tiempos pasados, tiempos mejores, cuando el marido ó el padre, soportaban los banzos de este Nazareno solitario ó le amparaban en la tarde del martes santo. Han pasado los alegres años de sus vidas pero Zamora no olvida a los que se quedan recordándolos junto a la cruz que simboliza el dolor y hoy entran en la ciudad acompañando al Nazareno de San Frontis

Y así sube a la fortificada ciudad entre dolorosas marchas, como subió Jesús, en el año 30, desde Betania a Jerusalén para enseñar el Templo, antes de la semana de Pasión, antes de su detención en el Huerto de los Olivos, mientras presentía todo el doloroso camino que le quedaba hasta llegar al Gólgota.



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Camina el Nazareno despacio, con la gente subiendo fatigosa la pendiente, para entrar en la ciudad y traer la salvación a cada casa... Hay compasión a un lado y a otro de las calles, pero también en el rostro de Jesús quien parece decirnos, suplicarnos, no me abandonéis, seguirme

Hermandad del Espíritu Santo. Eran jóvenes -tanto que algunos, después de 35 años, lo siguen siendo- pero ya entonces comprendieron que la Pasión y Muerte del Salvador representa el acontecimiento más grande y divino que ha sucedido desde la creación. Por eso, en desagravio a una muerte tan humillante, sacaron una procesión la noche del Viernes de Dolor para acompañar al Hijo Crucificado, en forma de Cristo gótico, hasta el Templo Mayor, donde la oración de perdón le llega al Padre en forma de una música gregoriana, que hace meditar a Zamora y que nos dice que Jesús ya está en la Cruz hacia el Calvario definitivo.

El Espíritu Santo canta a la cruz, al dulce madero, y a los dulces clavos que sostienen tan preciosa carga, ese Cristo mutilado que nos encoge el corazón al avanzar por la calle del Troncoso ó cuando sube la penosa Cuesta del Mercadillo. Porque eso quisieron, en 1.975, PacoGus Reyna y otros jóvenes, casi niños: remover el corazón de la cómoda Zamora de entonces con un desfile barroco cargado de austeridad y expiación.

Cuando lo observas desde cualquiera de las aceras de su penoso recorrido, adviertes que algo hay en esta procesión que te hace vivirla de forma distinta, que te obliga a reflexionar sobre la agonía del crucificado y sobre nuestras vidas. Es posible que todo proceda de la propia actitud, penitente y disciplinada, de los hermanos y del ambiente recogido, casi monacal, del desfile procesional

Pueden mostrarse orgullosos aquellos osados adolescentes porque su procesión ya forma parte de nosotros; antes que nadie, la Hermandad, nos recuerda que fue el Espíritu Santo quien profetizó que Cristo iba a morir por nosotros y el pueblo zamorano lo contempla, atónito, entre turbadoras carracas y aromas a incienso, con los fúnebres campaneos marcados a ritmo de pies descalzos que sustentan cuerpos y rostros conocidos, aun ocultos bajos gruesos hábitos y cogullas.

Son ellos, los hermanos de la Penitencial Hermandad del Espíritu Santo, que veneran a Cristo clavado en una madera tosca y mal cepillada. Son ellos, nuestros hermanos del Espíritu Santo, quienes escuchan más cerca que nadie, las palabras de Cristo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Son ellos, vuestros hermanos de la Hermandad del Espíritu Santo, los que cada noche del viernes de dolor, comprenden que Jesús, aun muerto, nos habla y nos anima, pues resucitará al tercer día.



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Hermandad de Nuestro Padre Jesús de Luz y Vida. En 1.989 se reafirmó que en la juventud de Zamora había inquietud cristiana y espíritu cofrade, pero también humano agradecimiento y obligado recuerdo a sus antecesores. Y buscaron a su Padre quien los recibió con los brazos abiertos. Aquel primer año seguro que más de uno de los hermanos de Luz y Vida estuvo algo azorado. Poco les duro esa sensación. Los zamoranos de bien reconocieron su audacia y les recompensó con su masiva y cariñosa presencia en aquel larguísimo recorrido.

Lo iniciaron en la Catedral, cuando a hombros de medio centenar de cargadores, un Cristo pleno de vida, aún exento de sufrimiento, ofrece sus manos sencillas a Zamora para recoger las flores y las oraciones que se quedan en las tapias del cementerio. Pero también para recoger el perdón de nuestros pecados como fin para que la Luz ahuyente a la oscuridad y la Vida prevalezca sobre la muerte

Los Evangelios nos invitan a una sincera revisión de nuestras vidas a la luz de la Pasión inminente, esa luz que a lo largo de nuestras vidas, nos guiará a través de las tinieblas en nuestro camino hacia la última morada, donde reposaremos hasta que la Luz de Cristo anuncie la alegría de la Pascua definitiva. Y allí, en el camposanto, todos, hermanos de fila y hermanos de acera, ofrecen su oración por el recuerdo de aquellos que nos dejaron, de aquellos que ahora reposan en su tierra ceñidos por la percalina que se pusieron tantas mañanas de Viernes Santo.

Toda Zamora, en esta noche del sábado de dolor, muestra su emocionado reconocimiento a quienes antaño iban a nuestro lado en la fila ó marcaban el ritmo de los pasos sufriendo en los banzos. Mi reconocimiento para todos aquellos que hicieron posible, no sin esfuerzo y adversidad, que esta Hermandad viera la luz en 1.989 y permitiera a los zamoranos reunirse para realizar una evocación de cuantas generaciones nos precedieron en la devoción de procesionar en nuestra Semana Santa.

La Borriquita. La liturgia de la bendición y de la procesión de los Ramos anticipa ya el triunfo de Cristo, porque todo cuanto estaba anunciado se iba a cumplir. Pero por un día, al menos, será el Rey de los pobres que le esperan en Jerusalén. Y Jesús es el Rey humilde que entra en la ciudad aclamado popularmente, acompañado de sus fieles, de sus gentes, de las mujeres y niños que le llorarán, pero no hoy. El Domingo de Ramos Jesús entra en Jerusalén como hijo de David vitoreado por los niños.

Porque, a pesar de los cambios en la ciudad y en las costumbres de sus gentes, a pesar de los cambios en la estética procesional, los niños siempre van a ser niños en todos los Domingos de Ramos. Ya puede evolucionar la sociedad, incluso a peor, que siempre habrá padres, madres y abuelos que los vistan con lo mejor de cada armario; que les ciñan las palmas con las mejores sedas tintadas; que les hagan esas fotos que siempre guardarán con ternura; que les arropen cuando salen a recibir a Jesús en este domingo risueño



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Así, Cristo entra en Zamora, la ciudad que no le ofrecerá un trono y si un sepulcro, acompañándose de padres que, emocionados, observan a sus hijos cogidos de la mano, dispuestos con las mejores prendas que hoy estrenan, con palmas y ramos recién cortados, entre himnos de alegría y esperanza.

Y se ponen cerca para ver a Cristo montado sobre un asno, con la emoción que les ofrece el recuerdo de cuando ellos también eran niños y, sin poder remediarlo, derraman lágrimas de añoranza, mientras sus hijas e hijos alzan jubilosos las palmas al cielo abierto para que Zamora, al calor del sol y la gloria, los acoja para siempre como hermanos de fila.

Así ha sido siempre y así lo seguirá siendo. No os azoréis por esas lágrimas que, este día de gloria bendita, caen por vuestras mejillas, porque ya les pasó a vuestros padres con vosotros de la mano y a vuestros abuelos con ellos de la mano.

Zamoranos, nunca permitáis que vuestros hijos se queden sin participar en este maravilloso Domingo de Ramos, sin desfilar en esta entrañable cofradía; no permitáis que Zamora se quede sin el único día de alegría antes de la Pascua de Resurrección y sin proporcionar a los niños la ilusión de desfilar por primera vez arropando a Jesucristo

Jesús en su Tercera Caída. Un día de dolor, porque ya desde hoy, Jesús, nos invita a que también nosotros carguemos con la cruz de cada día para seguirle hasta el final, hasta la muerte... De San Lázaro sale la procesión, en donde ya no quedan, entre sus filas, combatientes ni laureadas cruces; sin embargo, a lo largo de su recorrido, como hace muchos años, se acercan las mujeres y los niños, como entonces, subidos para ver mejor como pasa ese Jesús caído en la Puerta de la Feria, que hoy debería llamarse Puerta Fúnebre, porque ya, en el Lunes Santo, Zamora presiente el dolor y la amargura.

Jesús será entregado en la noche del Jueves Santo para cumplir con su destino y necesita el consuelo de su Madre, como hacemos tantas veces los hijos con nuestras madres. La Virgen le espera sola para recibir el último abrazo, la última despedida que tanto esfuerzo le había de costar. "Madre, ánimo, que has tenido la suerte de tener un Hijo que va a morir por salvar a los hombres" parece decirle.

Las lágrimas corren por las mejillas de la Virgen y, también, Cristo conmovido, llora al ver llorar a su Madre. Así, ya en silencio, se separan. Ella le sigue con los ojos hasta perderle de vista. Y se quedó sola. Ya las mujeres no pueden tocar a Jesús; entre sollozos y lágrimas ven como ha despedido a su Madre y su llanto es una prueba de amor, pero también de dolor al presenciar a Jesús marchando hacia su final en la tierra.

Jesucristo ya va solo en la noche, se ha despedido de su Madre y el dolor con que ella se queda, le deja extenuado, su cuerpo le pide descanso, pero se resiste con toda su alma, y abandonado como hombre, vuelve a caer: ya son tres veces. La Virgen, atrás, lo presencia y, amargamente, lo sufre; no por El, sino por los hombres que le han abandonado y porque presiente el tormento de la cruz y la crueldad de la corona. Nosotros, desde abajo, la vemos alejarse por esa calle del Riego que hoy más que nunca nos parece regada de dolor y amargura



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Pero quienes creemos en Cristo, en su Muerte y en su Resurrección, ya sabemos que la muerte no es el final. Por eso nos reunimos, con la noche caída, en la Plaza Mayor, como hicimos hace tanto ante la Cruz de San Martín, para conciliarnos con el pasado y esperanzarnos con el futuro, a los acordes y letra de un himno que afirma “cuando la pena nos alcanza por el hermano caído, tenemos la certeza de que El lo devolverá a la vida”.

Hermandad del Cristo de la Buena Muerte. Baja la Hermandad de la Buena Muerte por la cuesta de Balborraz, con Cristo también inclinado, debilitado porque la carne rota y consumida no puede sostenerle; tan solo mantiene su vida, tal si se fuera apagando como la humilde tea que le alumbró el camino, la plegaria gregoriana que se eleva a los cielos desde Santa Lucía.

La gente, emocionada y en silencio, observa a Cristo muerto, en andas, acercarse entre tristes luces de cirios iluminando las tinieblas del Lunes Santo. El Crucificado de la Buena Muerte ha hecho estación en la santa plaza. Se dice que tiene sed, pero rechaza el jarro de consuelo; prefiere la palabra, el canto que Zamora interpreta: O Jerusalén, Jerusalén. Allí, a la vera del templo de Santa Lucía, abandonado todo el año, este Cristo tendido en la cruz nos recuerda que la Iglesia nació de ese costado abierto del Señor, que Su Iglesia –la nuestra- no está marchita aunque hoy, como hace más de dos mil años, la sigan atravesando el costado con una lanza

Igual que ese otro Cristo de la Buena Muerte, que en la tarde del Jueves Santo malagueño asombra a la ciudad y al mundo entero, alzado por los caballeros legionarios con la misma devoción y fortaleza que nuestros más recogidos hermanos de la humilde túnica monacal del lunes santo zamorano

Sube nuestro Cristo de la Buena Muerte por los adoquines de San Cipriano reconfortado por los cantos de su pueblo que le espera en lo alto de la cuesta, con los brazos abiertos, con toda la belleza que es posible entre tanto dolor. Zamora necesita ver subir a ese Cristo castigado, a ese hombre que ha llorado con los que lloraban.

Los zamoranos se estremecen ante aquella espalda lívida, sanguinolenta, escoriada y desollada, tendida sobre la madera de la cruz, recordando aquellos días cuando Cristo murió de verdad; y las piedras de esta vieja ciudad recogen, amargas, sus lágrimas que sin embargo no bastan para pagar una sola de las gotas que cayeron, rojas y lentas, camino del Gólgota

Jesús del Vía Crucis. Ha llegado el momento de iniciar nuestro sentido y zamorano vía crucis, como hace tiempo lo hicieron nuestros mayores en la tarde del martes santo.

Antaño marchaban hasta la iglesia de San Andrés y hoy hacia la catedral, recorriendo las viejas calles de la ciudad ya impregnadas de estameña blanca. En el templo mayor de Zamora esperan los hermanos para recoger al Nazareno y llevarlo de nuevo a su barrio



CASA DE ZAMORA
PREGÓN SEMANA SANTA 2011
ENRIQUE CRESPO

Viene Jesús Nazareno por la rúa para anunciarnos “dentro de dos días me matarán”; pero nosotros sabemos que El se entregó a la muerte porque quiso, y que no fue la violencia del pueblo ó el engaño de los sumos sacerdotes lo que cargó en sus hombros la cruz, sino que fue su libre voluntad. Y eso, nos apena más.

Pasa debajo de nuestras casas y sentimos que sigue su camino, únicamente, para redimirnos en la cruz, para salvarnos. El dolor de su corazón, reflejado en el rostro, no puede ocultar la belleza del pausado caminar acompasado por la fúnebre marcha y alumbrado por las luces de esperanza que portan los morados cofrades.

Y detrás viene su Madre, hoy Virgen de la Esperanza, sabiendo la causa por la que el Hijo de Dios se había hecho hombre en sus entrañas y marcha por delante de ella: para redimirnos y que, por ello, sufriría un cruel tormento, derramaría su sangre y moriría en la cruz.

Y Ella, nuestra Virgen, también desea nuestra salvación e intercede por nosotros: ahí estriba nuestra Esperanza, reflejada en su manto verde y en sus manos suplicantes. Pero su corazón va partido por la pena y el dolor y su rostro cubierto con lágrimas, esas que corren por sus mejillas, tras ofrecer al Hijo a quien tanto quería. Zamora observa y siente todo esto y no puede reprimir sus lágrimas, espoleadas por las recordadas, pero emotivas, notas fúnebres de las marchas.

Hay penitencia en las filas, porque el via crucis siempre proclama penitencia y meditación a lo largo de todas sus estaciones, en el camino que Nuestro Señor recorrió hacia el Calvario. Y a través de esta procesión nos unimos a Él, en este momento tan señalado de su Pasión, para renovar nuestro recuerdo de cuanto sufrió desde el pretorio de Pilatos hasta el lugar donde morirá para redimirnos, para salvarnos... Iluminándole para que después de cruzar las frías y turbulentas aguas del Duero, por encima del viejo puente, llegue a San Frontis.

7 Palabras. Esta noche del Martes Santo se convierte en martes de esperanza, la más grande, la que madura en la cruz, mientras Cristo muere, mientras exhala su último suspiro, gritando con fuerza: “Todo está terminado”. Cristo ha muerto en la cruz como ha escogido el Padre y han querido los hombres. Cristo ha expiado y en Santa M^a de la Horta, a las doce de la noche, comienza la expiación de los zamoranos, en forma de esos siete Crucificados que desde 1968 van goteando sangre por los barrios humildes sin que nadie pueda evitarlo.

Han pasado tantos años desde aquel momento que la bruma que encontraron los entonces jóvenes para sacar en andas sus ilusiones, se ha convertido en un resplandor de nuestra Semana Santa, recordándonos, en cada recorrido, con sus Palabras, que en la Cruz está la victoria.



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Nuestro Señor habló siete veces en la cruz, venciendo, con esfuerzo, el dolor y el agotamiento; de ellas, cuatro, lo hizo con los hombres y las mujeres. Las palabras de este Cristo agónico se hicieron hermandad en Zamora y se convirtieron en procesión entre andas, faroles y toscos sonidos de tambores para perdonarnos los pecados (“Hoy estarás conmigo en el paraíso”), para concedernos la gracia de ser sus hermanos (“Mujer ahí tienes a tu hijo; Juan ahí tienes a tu Madre”), para reprendernos su sufrimiento (“Tengo sed”) y para que cumplamos la voluntad del Padre (“Todo está consumado”)

Entre la oscuridad, se ven, se oyen esas palabras: Eli, Eli, ¿lamma sabactani? Señor, señor ¿Por qué me has abandonado? Casi dos mil años han pasado desde que se dio aquel grito y en Zamora aún resuena en el alma de quienes no han sabido olvidarlo. Pero no está solo, pero casi, porque únicamente las mujeres y a distancia, asisten a su padecimiento.

Pero también salen a las cuestras, Balborraz, San Cipriano... a pesar de la fría noche, para ver pasar a sus hijos, a los jóvenes hechos adultos, a sus niños de entonces hoy convertidos en hombres y padres; ó se asoman a los balcones –porque los años hicieron mella en su cuerpo– para ver a los hijos de sus hijos con la misma rústica pana verde que años atrás acomodaban en la cabeza de sus primogénitos.

Y vuelven a inclinar la cabeza ante ese Cristo de La Horta que tantos quebraderos provocó a su hijo en la primavera del sesenta y ocho para recordarnos que el Hijo habló, incluso a gritos, con el Padre hasta tres veces, no para defenderse sino para nuestro provecho, para ofrecernos la vida eterna, como ya ha ocurrido con esta procesión “de las siete palabras”

Consummatum est: fueron las palabras que casi al final dijo el Redentor clavado en el madero y por eso en la cruz se cumplió todo. Y por eso debemos llevar a nuestros hijos a presenciar esta procesión para que comiencen a entender estas y las otras palabras que les ayudaran en su discurrir por las vericuetas y empinadas calles de la vida.

Silencio. A media tarde del Miércoles Santo las casas de Zamora se agitan en forma de idas y venidas por las habitaciones; la actividad no cesa; las hijas ayudan a los padres y las mujeres a los maridos. Todavía se conservan las fuerzas que no han agotado los desfiles. Todos se apremian por salir en la foto. Hoy ya están todos. Ya han regresado los hermanos que un día se vieron obligados a marchar. El Santísimo Cristo de las Injurias les ha convocado

Y salimos a la calle. Mucho tiempo antes de las ocho y media de la tarde, multitud de túnicas de estameña blanca y capuchas de terciopelo rojo recorren las viejas y queridas rúas zamoranas camino del gran templo. ¡Que tiempos cuando mis hermanas cargaban tan preciada carga en los cestos de mimbre! Y así, como hace tantos años, marchamos asombrados contemplando el apiñamiento del público en las aceras, sobre todo a los más pequeños, cuando todavía queda tanto tiempo hasta que llegue el desfile.



CASA DE ZAMORA
PREGÓN SEMANA SANTA 2011
ENRIQUE CRESPO

Hace años en el interior de la Catedral (i que recuerdos en la memoria de todos los zamoranos i) y hoy a la intemperie, junto a la entrada del Castillo, cumplimos con las tradiciones: vestarnos pausadamente, primero ayudando a los más pequeños y luego nosotros,

Para después efectuar otra costumbre: inmortalizar cada tarde de Miércoles Santo con la cámara.

Y así, año tras año pasa en instantes toda una vida dedicada a esta Cofradía y que, ustedes me lo van a permitir, he recuperado para que algunos de los presentes recuerden con nostalgia que ellos también fueron, fuimos, niños y jóvenes una vez

Antes, cuando las filas eran más modestas, nos íbamos a rezar y a pedir consuelo al Cristo injuriado. Hoy ya no nos dejan pero nos seguimos poniendo ante Él: A Ti Señor, que estas clavado con los brazos en cruz para acogernos, escucha mis plegarias y mis ruegos y deja que me refugie en ellos.

Despacio la tarde se oscurece, el atrio queda en silencio y aparece el Señor ante nosotros, pensando en nosotros, sufriendo por nosotros. Empieza a oler a cera.

Todos han guardado silencio con la esperanza de oír los lamentos del crucificado. Pero Jesús calla ante sus verdugos como ha callado ante el sanedrín. Las viejas y estrechas calles próximas a la Catedral están en silencio aunque nadie lo haya dispuesto

En el silencio de esta noche, en el silencio que envuelve el Miércoles Santo, nos postramos ante Cristo para pedir perdón por nuestros fracasos, por nuestras amarguras y porque su amor nos ilumine ante las dificultades y nos llene de esperanza en la vida. Y juramos silencio por nosotros y nuestras faltas, por aquellos que ya no podrán caminar más en la fila, por nuestras madres, hermanas y mujeres que un día nos acompañaron y ayudaron a ponernos la túnica, y juramos para que un día nuestros hijos, también se hincen de rodillas y juren ese silencio que en Zamora se convierte en plegaria de perdón.

Los cascos de las caballerías ponen en aviso a los zamoranos. Las trompetas silencian a la blasfemia como aquel látigo hizo en el templo con el pecado.

Ya se han callado los hombres, solo las piedras de la ciudad pueden hablar, pero no lo hacen, se estremecen cuando ven pasar a un Dios hecho hombre en este mundo que se va de él muriendo en la cruz. Las filas de los congregantes iluminan los rostros compungidos de las aceras.

El caminar es vivo sin embargo no nos impide apreciar los rostros, absortos, de los zamoranos mirando al Crucificado, rezándole; ó conmovernos ante los momentos de oración que, caídos de rodillas, ofrecen al paso del Cristo de las Injurias, humildes almas zamoranas.



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Quienes ahora vivimos fuera de Zamora pero antes lo hicimos en esta austera y sentida ciudad, procesionar en esta cofradía nos mantiene unidos a la tierra, aferrados a los recuerdos cariñosos de nuestros primeros momentos infantiles, venerando aquellas cosas familiares que guardamos en la memoria afectiva y que reaparecen al pasar por nuestra casa y por las casas de nuestros compañeros de la niñez.

Capas. Ya es la medianoche del Miércoles Santo y los cristianos miran hacia Olivares. Se abren las maderas de San Claudio y con sabor rural, entre cardos y faroles de pueblo, salen los penitentes amparados con gruesas capas campesinas y chorreadas camisas de otro tiempo: dichosas las noches que le acompañamos; porque, si, hubo años que estábamos allí, en la iglesia de Olivares, dejándonos abrazar por la cruz barroca del Cristo, sintiendo la humedad que engendraba el río Duero y amparándonos con el calor de los humildes faroles.

Y me acuerdo cuando ocurrió esto por primera vez, sustituyendo a mi padre a quien los años tampoco perdonaron. Me veo en la fila, formando la punta izquierda de la cruz, delante del Amparo, recorriendo impresionado las inclinadas y viejas calles mientras observaba el profundo recogimiento del gentío.

Entre devotos lamentos musicales avanzan en cruz, como queriendo alcanzar con su caminar la redención por las ofensas de los hombres. El estrépito sonar de las matracas rompe el silencio de la noche. Se agolpa la gente para ver sufrir a Jesús Nazareno, portado en sencillas andas, con los brazos descolgados pero abiertos para ofrecernos el amparo que tanto anhelamos. ¡Que contrasentido! Le pedimos consuelo y amparo en este momento, cuando le vemos tan solo, inmolándose por nosotros.

Esta noche el mundo contempla a Jesús, con su rostro colmado de dolor, escarnecido, ultrajado, desfigurado por el pecado del hombre; clavado a los pies de las calaveras, en el Gólgota, en el Calvario, este Cristo humilde, desamparado, nos anima a ser fuertes, como las capas alistanas que le acompañan, a confiar en Dios porque sabemos que el domingo lo contemplaremos lleno de alegría, radiante y luminoso.

La Esperanza. Va a subir la Virgen desde Cabañales en cuyos muros, en el convento donde las dominicas rezan por todos, la depositaron los hermanos del Via Crucis. Se encerró entonces a llorar y a escuchar nuestras plegarias, con el corazón puesto en la esperanza alegre de la Resurrección: negro y verde son los colores de esta familia, de esta cofradía, Las Damas de la Virgen de la Esperanza.

Allí, en ese Convento, mientras su Hijo no resucite, es la encargada de protegernos con su fe y su esperanza en esta semana de lamento. Hasta ahí se van las madres con sus hijas, las abuelas con sus nietas, y la Virgen las recibe olvidando su pena y mostrándose encendida. Nuestra Virgen de la Esperanza es la Virgen prudente. Es el refugio de los que no creen. Es la alegría de esta ciudad, el abrigo de las mujeres zamoranas. El único refugio gozoso de este Jueves Santo de tanto desconsuelo.

CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Por eso hoy las mujeres, más que ninguna mañana del año, dejan muy pronto las camas; desperezan a la nieta, mientras las madres preparan el desayuno, las visten de duelo –que contrasentido: ataviar de luto a un rostro lleno de felicidad e ilusión- y luego, con esmero, acoplarlas mantilla y peineta. Y así, sujetando celosamente la vela en la tulipa, emprenden el camino hacia la casa de las Dominicás en busca de la Virgen de la Esperanza.

Bajan nuestras damas a solicitarla para devolverla a la capilla de San Nicolás, en la Catedral, donde el pueblo de Zamora le rinde culto, donde permanece a la espera de súplicas esperanzadoras, donde sus amigas la hablan, donde vuelven los abatidos en busca de fortaleza ...

Pero antes pasan por la rúa, en cuyos balcones y aceras, esperan otras niñas, otras madres y otras abuelas, pero con las mismas sensaciones de emoción y devoción en sus corazones cuando avanza, con paso mayestático y acompasado, la Señora. No se habla, no se revela, en las aceras y en los ventanales, nada a los niños y niñas; no hay que explicarles lo que se representa en las filas; no hay que enseñarles recogimiento y tradiciones. En Zamora la Semana Santa se entiende en la calle y en la casa, desde chavales...

Fíjense, cuando marchen en la fila, en los rostros de los pequeños y las pequeñas que aguardan en las calles, como les brillan los ojos y seguro que adivinan el anhelo por convertirse en hermanos de fila, en procesionar a nuestro lado, en formar parte de sus procesiones

Vera Cruz. Los lugares del suplicio en Jerusalén, reviven cada año, el Jueves y el Viernes Santos, la vía dolorosa de Cristo. Posiblemente nunca el vía crucis, entre el Pretorio y el Calvario, se vive –como en Zamora- con tanta intensidad y participación. Las cornetas y tambores resoplan y ya suenan cerca; se despeja la calle y la multitud se amontona en las estrechas aceras. Abre el desfile La Santa Cruz. Esa cruz fue lo primero que vio el Señor y en ella reconoció el símbolo para la victoria y nosotros la llave con que abrir las puertas del cielo

Ha entrado Jesús Nazareno cargado de nuestros pecados en la rúa zamorana; La Virgen María lo sigue, entre las gentes, con el corazón partido de dolor porque ya sabe que está condenado. Virgen bendita, Virgen Dolorosa, que quisiste seguir a tu Hijo durante todo el calvario, que quisiste consolarle añadiendo más dolor a tu dolor, que sufriste más que ninguna madre sufre por serle fiel hasta su muerte... Ahora te contemplamos desde los balcones, con la congoja que nos provocan tus ojos penetrantes y llenos de lágrimas y la estela de tu hijo llevando sobre la túnica morada el madero donde será clavado...

Son las mismas sensaciones de emoción, son los mismos ribetes balconados, son los mismos ladrillos, pero nosotros ya no somos los mismos y quienes estaban con nosotros, ya no están. Pero siempre habrá niños en esos balcones de la rúa, y mayores que les guarden y les digan que esa música que suena se llama Mater Mea, y Dolor de Madre, y que es jueves santo y que hay que ser bueno porque Jesús va camino del calvario para ser crucificado



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Y al final de la tarde, ya noche cerrada, van llegando los pasos a encerrarse en un entorno algo sombrío; pero no entran solos, les esperan los hermanos de acera, las madres, las mujeres, las hijas, las novias ... Y los hermanos de fila cabales, aquellos para quienes su procesión no termina hasta que entra el último paso ... Y esperan allí, cansados pero con la emoción brotando en los poros de la piel y en las órbitas de los ojos, a quienes se han dejado el alma, y algo de salud, cargando sobre sus hombros la Pasión de Cristo hecha imágenes. Son los hermanos de paso, anónimos para la mayoría, pero que tienen rostro y nombre... Y palabras de ánimo en la acera y aplausos entre las túnicas para su sacrificio y lágrimas sinceras, emotivas, en la familia...

Todo es poco para darles el último aliento y ofrecerles el homenaje que su esfuerzo merece después de horas acomodando el compas para desafiar a la gravedad de las imágenes, por cargar sobre sus recias espaldas la historia de una procesión que cuenta siglos y siglos, por personificar la dignidad de este pueblo castellano que sabe sufrir como pocos, por entregarse a la escenificación de una Semana Santa incomparable

Yacente. Contemplar con fervor la penitente procesión del Yacente tiene que resultar estremecedor. Ver como suben la estrecha cuesta de San Cipriano los hermanos de paso, fatigados, con tan venerada carga. Ó los hermanos mayordomos llevando esas colosales cruces. Claro que tiene que impresionar.

Es curioso, yo nunca he visto procesionar al Cristo Yacente, siempre he estado en la fila, desde los 7 años, cuando, temblorosos, salíamos portando los Clavos, mi hermano Chagui y yo, escoltados por cientos de hachones de luz mustia.

Media vida después, en 2.011, seguro que volveremos a estar estremecidos en la iglesia, como entonces, porque este año ha llegado el momento de la verdad y no hay vuelta atrás: décadas custodiando a nuestro Yacente en el desfile procesional, nos han dado el privilegio de poder arrastrar una cruz y llegar a sentir algunas de las sensaciones que debió tener Cristo camino del Gólgota.

Estoy seguro de que no nos abandonarán el empuje y las fuerzas para poder hacerlo con respeto durante todo el camino, como hizo nuestro padre, en dos ocasiones. Pero sobre todo lo que necesitamos y Te pedimos, Cristo Yacente, es que carguemos con amor esa otra cruz, nuestra cruz de cada día, para que no se nos derrumbe la fe en Ti y en la vida.

Mayores, jóvenes y niños zamoranos asisten cohibidos a este penitente caminar. Visitantes piadosos perciben, con los corazones sobrecogidos, lo que anuncian los tremendos golpes del tambor. Los sonidos luctuosos del viático silencian a la muchedumbre que no ha podido callar la fe. Y a quien no ha enmudecido el eco de las esquilas, lo hacen los ruidos secos que llegan del esfuerzo de los mayordomos cargando sus cruces de penitencia por las piedras. Esas cruces que cada noche de Jueves Santo, en la plaza de Viriato, me recuerdan las palabras de San Ambrosio: "No deben ser considerados valientes los que más heridas reciben, sino los que más sufren por ellas"



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Han dado ya la una de la madrugada del Viernes Santo sin que todavía se haya ido del todo este Jueves Santo desgarrador. Por alguna de las rúas zamoranas marchan filas de blanco sayal, muchas de ellas con demasiados años encima. Se acerca el fin y el silencio es sepulcral, solo el repique doliente de una campanilla quiebra la noche anunciando el advenimiento del entierro de Jesús el Nazareno. Entre fantasmales penitentes, la cara lívida y pálida de Cristo muerto parece temblar al paso de las negras parihuelas y la móvil rojez de los hachones.

Las huellas de los penitentes pies, protegidos por humildes y rudas sandalias ó dolientemente descalzos, han dejado de recorrer las quebradas calles y se detienen en una plazoleta dominada por un héroe de otro tiempo. Es Viriato a quien, una vez al año, se le entreabren los ojos impactados ante el imponente Yacente. Asiste la multitud pasmada ante la cara, el cuerpo, la imagen, tallada para la eternidad por las manos misericordiosas de Gregorio Fernández. Los hermanos veteranos, aferrados a los viejos hachones, inclinamos la cabeza ante su paso y nos arrodillamos simbólicamente ante su dramática expresión.

Se han callado las campanillas del Viático pueblerino. Los escalofríos se apoderan de la plaza. Los versículos solemnes del Miserere templan la noche y se alzan al cielo suplicando piedad. Esos salmos que llevamos escuchando tantos años nos recuerdan que somos pecadores pero también que, como cristianos, somos capaces de pedir perdón por ello. Son cantos para la meditación y el arrepentimiento de cuantos estamos allí. Pero también, esas voces cálidamente implorantes, nos evocan a quienes dejaron la fila para siempre y a quienes un día ocuparan nuestro sitio en la plaza.

La Mañana. Durante la madrugada del Viernes Santo, más de 4 siglos se condensan para ofrecer, a lo largo de casi siete horas, una de las procesiones más singulares y bellas de la Semana Santa del mundo, creando no solo la cumbre de nuestra semana de pasión sino además momentos de tanta emoción y recuerdo que ningún zamorano de bien olvidará hasta el final de sus días. Ustedes y mis hermanos de otras cofradías sabrán perdonarme si me extiendo demasiado hablando de estos momentos que representan el amanecer del Viernes Santo.

Pero no debo negarlo, más bien al contrario, la Mañana, la Congregación, significan tanto para mí y para varias generaciones de mi familia, que me siento tan unido a ella como a mi propia vida. Porque es esta procesión, La Mañana, la que evocan los zamoranos cuando se van de su tierra.

Porque sus sonidos y marchas nos estremecen y emocionan una y otra vez durante toda la vida. Porque es esta cofradía la que reúne tantos momentos sublimes asociados desde niños a la memoria del corazón. Porque, en definitiva, muchos hermanos elegimos su túnica como mortaja después de gastarla desde pequeños.



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Y siendo niño, muy niño, en la tarde-noche del Jueves Santo, se me aparecen los balcones de mi casa, con mucha gente a quien ya no pongo cara. Si recuerdo que no veía salir El Yacente; tenía que acostarme muy pronto, después de que la Vera Cruz regresara, por la Rúa, delante de mi casa, viendo pasar la verdad de la Pasión hecha imaginaria. Eran días de muchas emociones para los niños y todavía nos esperaban más. Y nos metían en la cama pronto, con las percalinas y las crucecitas dispuestas en el hall; sin embargo tardaba en dormirme, tenía las mismas sensaciones que la noche de los Reyes Magos... Aunque finalmente, aletargados, caíamos vencidos por el sueño como niños que éramos. Dice el Evangelio, que aquella noche, los que odian, los que quieren ofender y matar a Cristo, no durmieron; sin embargo, los que debían defenderle, dormían, salvo aquella mujer que esperaba la llamada del hombre. Como las mujeres de Zamora.

Posiblemente, cerca de dar las cuatro, con los labios húmedos de lágrimas, muchas mujeres abrían habitaciones y con voz quebrada, decían: "vamos, levantaos, es la hora". Y nosotros, de esta forma, sin darnos cuenta, Viernes Santo tras Viernes Santo, nos hacíamos hombres. Pero aún entonces, cuando éramos niños, ya oíamos el Merlú, como si quisiera decirnos: ¡Venga, basta ya de dormiri ¡Arribai ¡Ha llegado el momento!

Merlú, solo oír su nombre, cuando se acerca los días y noches de la pasión, provoca en el alma de los zamoranos un estremecimiento, una conmoción en el ánimo, que, sobre todo, nos evoca, nos trae a la memoria, los recuerdos de quienes se fueron.

Merlú, es esa llamada telúrica, nacida de no se sabe que lamento; son esos inmortales sonidos negros, que jamás podrán escribirse en un pentagrama, los que hacia la hora segunda de la terrible madrugada del Viernes Santo nos avisan ... Los sonidos ensordecedores del tambor y la trompeta sobrecogen a la ciudad, convocan a los hermanos...

... Y evocan a los difuntos. Y estos vuelven por unas horas, para reunirse con quien años antes les besaron, les quisieron... Vienen cubiertos por sus gastadas túnicas negras ceñidas con gruesos cíngulos de esparto y calzando viejos zapatos negros para volver a pisar las frías piedras de su ciudad.

Y hacia San Juan de la Puerta Nueva vienen, vamos, y de camino al templo, fuera de él, contemplan la podredumbre del ser humano, la turba que murmura y bulle, en esta noche de vergüenza para los hombres; si, esa que les hizo pedir, vociferando ¡Crucifícale, crucifícale! al que vino a salvarles. Y es entonces cuando los hermanos difuntos convocados lloran sin encontrar sosiego. Sin embargo no dejan de acudir, vuelven para entrar con nosotros en la Iglesia, para postrarse ante La Virgen, para acompañar, desde la fila, a Cristo, para no dejarle solo en ese tormento de agonía que es el camino al Calvario.

Es la procesión de los recuerdos. Recuerdos de una infancia en donde, poco antes de dar las cinco aquel vetusto reloj, con el párroco subido en su púlpito, un clarinazo detenía el tiempo del sermón y quebraba los sentimientos de los allí presentes; ya estaba todo preparado: el paso levantado, la banda dispuesta, la iglesia en silencio y todo comenzaba una vez más,



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Cristo se ponía camino al Calvario para nuestra redención... Y allí, entonces, aquel niño que hoy se hizo mayor y les habla a ustedes, solo se fijaba en si aquella lámpara de cristal se caería... ¡Cosas de niños! ¡Recuerdos para toda la vida!

Hoy ya no observo aquella araña luminosa. Hoy la Marcha de Thalberg me cierra los ojos y me abre el corazón. Hoy el rítmico paso del Cinco de Copas me sacude la memoria. Hoy, como ayer, el ritual se ha cumplido y Jesús comienza a recorrer el tortuoso vía crucis dejando a su madre más sola que nunca.

Salimos del templo a la incipiente amanecida, serenados por nuestros recuerdos y acompañados de los que se fueron para siempre; esperando que el toque del Merlú nos disponga en la fila de la nostalgia, ellos los primeros y nosotros a su lado. El último Padrenuestro de la noche y empieza la mañana. Con todos los hermanos de La Congregación ya presentes a nuestro lado.

Vienen con nosotros, para subir por San Torcuato, como lo hicieron tantas mañanas del Viernes Santo, con los viejos capillos erguidos pidiendo perdón y las manos sosteniendo negras varas y negras cruces. Y en cada fondo siguen rezando a La Soledad por nosotros, sus hermanos de la vida temporal, y por quienes están en las aceras y en las plazas, a quienes miran dulcemente, hasta que vuelve a sonar el Merlú y nos recuerda que debe seguir la penitencia hasta ese fondo final, hasta ese Gólgota zamorano, las Tres Cruces, en donde van a crucificar a Jesús, a las afueras de la ciudad para escarnio de la tierra.

Solo un rato para retomar las fuerzas a base de sopas de ajo, churros, café y aguardiente en la casa de la familia, donde nos reciben, Enrique y Susana, con la nostalgia del pasado; como ocurrió muchos años antes, en la casa de Dña. Carmen Prada de Cuesta ó como cuando de pequeños subíamos a la casa de mis tíos Lola y Alfonso.

Y siempre con los recuerdos de tantos hermanos de fila que subieron con nosotros...

Ya están todos en la Avenida de las Tres Cruces; han llegado temprano, desde las callejuelas sombrías y desde las casas ilustres; allí está Zamora, mirando a Jesús en su calvario y a la Virgen en su retiro. Deben ser las nueve de la mañana y la Soledad comienza a caminar, lentamente, acunada por la tristeza escrita en los sonos de la Marcha de Thalberg y arropada por la honda pena de sus hijos zamoranos. La Madre llora, como lloran las mujeres y los hombres, y hasta los pasos parecen llorar a su manera cuando se inclinan al verla pasar, ya sin consuelo, tras postrarse los cargadores ante tal imagen sin poder contener, tampoco ellos, sus, nuestras, lágrimas. Momentos de devoción, sin duda, en la Reverencia dentro y fuera de la fila; y lo sé porque lo he presenciado muchas mañanas de viernes santo, y ese fervor en la acera, entre la gente, me ayuda a vencer el cansancio de los últimos días y de la procesión y a la vez me emociona y me reconforta.

CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Como aquella plomiza mañana de hace algunos años, cuando acompañando a la Virgen de la Soledad en su transcurrir hacia la Amargura me fije en una mujer amparada por dos jóvenes, me dio la impresión de que serían sus hijos, a los que abrazaba; uno de ellos sostenía un primitivo teléfono móvil abierto; estaban frente a la Verónica, ya en pié, meciéndose pausadamente con la Marcha de Thalberg; me detuve, emocionado, junto a ellos, cuando al poco, la Verónica se inclina, la madre también lo hizo; se postró de rodillas sobre el frío asfalto, mientras los hijos agachaban la cara por la que resbalaban numerosas lágrimas; con la voz entrecortada por la emoción me atreví a preguntarles quien estaba al otro lado del teléfono: "Mi padre, que enfermo en cama no ha podido cargar con su paso". Con toda la compasión que pude levanté a la madre del suelo y le dije que su marido no estaba solo en la cama, que nosotros, sus hermanos de fila y sus hermanos de paso, estábamos junto a él. Cuando un hermano me apremió para reanudar los pasos sentí como unas lágrimas caían de mis ojos y algo me afligía el corazón.

Nunca, en los 48 años que llevo desfilando en nuestras procesiones, me he conmovido tanto como aquella vez en Las Tres Cruces. Son nuestras emociones. Y son las lágrimas de nuestros hermanos de acera, ancianos, mayores y niños, hombres y mujeres de Zamora, que no abandonan a Cristo en su agonía ni a la Virgen en su tristeza.

Reconfortada por los incipientes rayos del sol primaveral, vuelve la Congregación a la Plaza Mayor, vuelve Jesús sentenciado con la Cruz sobre los descarnados hombros, con la Verónica a sus pies, desconsolada, como agradeciéndole esa redención tan cruel con la que salvaba a los hombres. Abandonado por sus fuerzas había caído; le buscaron a alguien que le ayudase a llevar la Cruz, un Cirineo, y Zamora entera, aglomerada en su plaza, se ofrece desde las aceras para ayudarle a llevar tan preciosa carga ¡Cuántos Simón de Cirene esperan en Zamora el momento de abrazar esa cruz!

Siempre me ha emocionado la vuelta de la Mañana a la Plaza y desde que era pequeño luchaba contra el cansancio para concluir la procesión; creo que la primera vez que me sentí orgulloso de mi vida fue cuando con siete años y de la mano de mi padre, custodiando el paso de La Agonía, llegué a la Plaza Mayor, con tanta gente mirándome –al menos eso creía yo- como avanzaba dando los últimos y precarios pasos arrastrando la cola de la túnica.

Desde entonces siempre he terminado la procesión, cuando iba en la fila, hasta las puertas del museo, y desde hace unos cuantos años, con la Soledad hasta San Juan. Y siempre, cada año, me ha conmovido, me conmuevo, porque confluyen muchas sensaciones: la satisfacción de haber terminado entera la procesión, el vibrante baile de los pasos gobernado por la música de Thalberg ó contemplar a las gentes, tan distintas a las que horas antes nos despedían, impresionadas por la belleza de las imágenes y el coraje de sus cargadores.

Me gusta observar a los niños, boquiabiertos, disfrutando con el lento transitar de la procesión; a las madres con sus hijos alzando la cabeza para ver el paso del padre; a las abuelas recoger las almendras afectivas del nieto; a los curtidos hombres de campo descubrirse ante la impactante Crucifixión; y a tantas zamoranas, con las manos cruzadas y apretadas contra el pecho, con ese nudo en la garganta que tan solo se siente durante esta mañana y en esta procesión y que finalmente, a pesar de los esfuerzos, les hace



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

desmoronarse y llorar cuando los sonidos de Mater Mea anuncian la Agonía de la Soledad, que ha quedado en el Calvario como en un oratorio

Las cruces se elevan recogiendo los lamentos de la ciudad. Se ha encerrado la Virgen en su Templo. Han sonado por última vez los ecos del Merlú retirando a los hermanos difuntos. Nos despiden: "de aquí en un año", mientras dejan caer las últimas lágrimas de la vida, las lágrimas de la melancolía, las que salen de esos ojos que ya no verán la hermosura de la vida... Pero no se afligen con el recuerdo, porque saben que no les olvidamos y que acudirán, puntuales, a la llamada del sentimiento, en la noche más triste de los tiempos pero que en Zamora se transforma en el más bello amanecer del año.

Santo Entierro. Dice la historia que Jesús fue clavado en la cruz sobre las nueve de la mañana, que falleció sobre las tres de la tarde y que fue enterrado hacia las seis por José de Arimatea. Zamora lo evoca a través de sus plazas y rúas. En una de ellas, lo presenciamos, sin poder apartar el corazón de tan terrible momento: vemos como Cristo es bajado de la cruz, desnudo, después de tanta agonía; oímos los desgarradores lamentos de su Madre y el desconsuelo de sus amigos. En Zamora, sus hijos quisieron cumplir la Ley y sepultaron a Jesús aquel mismo día.

En la tarde del Viernes Santo, se junta un tumulto bonachón, una confusión pacífica, como preámbulo a la gran ceremonia popular. La muchedumbre ya se agolpa en las calles y en las aceras. Y en ese ambiente de presagio primaveral, en medio de una multitud llena de vida, aparece un cortejo de muerte y tristeza.

Lentamente la gente se va apartando para mirar y ver pasar a la Magdalena en su desconsuelo y acompañar a los que resoplan y sudan bajo la madera. Zamora espera el entierro de quien nos ha redimido. Viene la procesión por la rúa, con los pasos bella, emocionantemente, bailados, desafiando a los espacios y al gentío; escoltados por el desconsuelo oficial y popular; acunados por marchas de dolor; fortalecidos por la mirada asombrada de los niños. Como ha sido siempre.

Y los niños, los de hoy y los de ayer, cuando vislumbran la llegada de "El caballo de Longinos" quedan fascinados para siempre con ese soldado, que dicen se llamaba Longinos, a lomos de su majestuoso caballo. Y al igual que ocurrió en el Calvario con este soldado que se convirtió, los niños abren más sus ojos y miran ese costado abierto del que sale agua y sangre y creen, creímos, para siempre en el Hijo de Dios.

Son los niños quienes ven, paso a paso, como Cristo se convierte en Rey antes de bajar de la cruz, como es descendido con todo el amor y fervor por sus amigos y como es recogido con todo el respeto por José de Arimatea y Nicodemo; como se lo entregan a su Madre y como la Virgen María sufre; como lo conducen y lo entierran envuelto en vendas y cubierto con la sábana.

Y ven, vemos, expectantes, hoy como hace muchos años, su Retorno del Sepulcro, al "Camello", avanzando toscamente, casi arrastrando las pisadas, sin la animación que proporciona la música, pero con la fortaleza que da llevar a la madre que ha enterrado a su



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

hijo muerto por todos. Y pasa ante nosotros deteniéndose para que ayudemos a Juan en su consuelo a la Virgen, para que aliviemos las lágrimas de Magdalena y para recordar con nuestras oraciones a los que ya no están, pero estuvieron, delante y dentro del paso.

Junto a los niños son los mayores y las buenas gentes de los pueblos quienes se asoman para ver pasar este aterciopelado desfile de duelo en el Viernes Santo, doblando sus rodillas al presenciar el paso de Jesús muerto y tendido sobre la urna. Pasa y está solo. Le han retirado los símbolos de su crucifixión, los clavos, y su Madre los ha recogido; toda la aparatosidad de su majestuoso caminar contrasta con la demudada cara y el cuerpo desfallecido que, a hombros de sus cargadores, cierra la sepulcral comitiva, con la marcha de Thalberg resonando más fúnebre que nunca

Entraba la procesión, mediada la tarde más dolorosa del año, en la plaza catedralicia rebosante de gente. Suele soplar el aire frío procedente del viejo Duero batiendo las distinguidas túnicas y los rostros de los que nos acercábamos a compartir la merienda con los hombres de paso y de fila. Hasta allí se acercan las novias y las mujeres de los hermanos con sus contundentes viandas. Hoy como ayer.

Gracias a ellos y a ellas, hoy, nuestra Semana Santa es lo que todos conocemos. Y en aquellas meriendas en el atrio de la Catedral, reponiendo fuerzas y afianzando amistades y amores, salieron nuevos hermanos, nacieron nuevos hermanos, crecieron nuevos hermanos

Ya casi de noche regresa el Santo Entierro, autenticándose más si cabe el cortejo fúnebre, la imaginería se hace más veraz y por tanto más profunda la sensación de dolor y tristeza, incluso las marchas que mueven las tallas esculpidas suenan, ahora, con acentuada emoción.

Sobre todo cuando la procesión llega a la plaza para darle la vuelta, en donde los pasos sacuden la piedra a ritmo de marchas fúnebres y las aceras se estremecen ante el fervor y el brío de los cargadores. Con sus pasos llevan encima la muerte que nos va a salvar. No hay debilidad en su caminar a pesar de tantas horas de esfuerzo, de tantos días de carga. Desde la fila, desde las aceras y los balcones, les animan y ellos obtienen la fortaleza para el último arranque, cuando el sufrimiento por ese esfuerzo es mayor. Zamora, estremecida ante tanta valentía, les ofrece el aplauso que se hace extensivo a los hermanos de paso de todas las cofradías, a los hermanos de paso de todos los tiempos.

Nª Madre. Es noche de adorar a Cristo descendido de la Cruz y recogido por su Madre, pero también de acompañar a esa Virgen dolorida que ha quedado herida por una profunda pena, aunque conforme y rendida a la voluntad de Dios porque este día se puso fin al pecado. Zamora ha dejado enterrado a Cristo y los ciudadanos se vuelven a su Madre. En esta angustiosa noche abandonan las mujeres su habitual entrega a los hombres cofrades. En esta devota noche adquiere la mujer zamorana relevancia procesional. En esta dolorosa noche se armonizan las pisadas de mujeres y hombres en las calles de Zamora

¡Que bella procesión y cuantos recuerdos asociados a la infancia! Ya casi había acabado la Semana Santa para los niños congregantes; casi, porque todavía teníamos aquella tardía noche, aquel caperuz de terciopelo que tanto nos gustaba. Nos vestíamos todos en casa,

CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

hombres y mujeres, bueno, niñas y niños, y de la mano de nuestros padres enfilábamos Ramos Carrión para llegar a San Vicente. Allí entrábamos y nos hacían sentar en los bancos de adelante para rezar a la Virgen. Todos los mayores se saludaban, aunque lo hicieran todos los días. Y nosotros hacíamos lo mismo que nuestros padres con los hijos de sus amigos, que eran los nuestros, que eran nuestra familia... Porque eso fue un día esta procesión, una gran familia, donde todos nos queríamos como hermanos.

Fueron años inolvidables. Eran momentos alegres para nosotros... Hasta que empezaba a moverse el paso, hasta que Nuestra Madre salía a la calle empujada por la Marcha Real. Y allí, entre pobres cirios y hachones usados, estaba la Virgen, tan cerca de la Cruz, llena de Angustia porque una espada de dolor había atravesado su corazón; sujetando, enseñando a su Hijo, para recordarnos que no hay amor más grande que el de una madre a sus hijos

Todas las madres lloran y sufren cuando injurian a sus hijos. La Virgen María sufre más que ninguna madre, no solo porque su Hijo era Dios, también porque nosotros, sus hijos, le condenamos. Pero está ahí, en la Puerta de San Vicente, bajo la cruz que su Hijo llevó hasta el lugar donde le habían de clavar, con tantas lágrimas derramadas, que hacen falta todas las mujeres y los hombres de Zamora para mantenerla serena. Y en esa placita, de noche, se me juntaban todas las horas de este Viernes Santo y todos los años de la vida.

Cuando me fui haciendo mayor e intuía mi matrimonio, pensaba en el primer día que llevaría a mi hijo a la iglesia de San Juan para hacerle partícipe de esos momentos inolvidables en que los sonidos del Merlú y los viejos acordes de la marcha de Thalberg rompen la madrugada. La Providencia no me concedió ese privilegio. Sin embargo fue mucho más generosa de lo que yo nunca acaricié porque me permitió contemplar la felicidad e ilusión de mi hija el primer año que la vistieron para, con toda la familia, enfilarse camino de San Vicente para buscar a Nuestra Madre.

Y luego compartir con ella el triste goteo de la cera sobre las frías piedras de nuestras calles. Me conmovió su vitalidad para conseguir completar la procesión con su infantil orgullo intacto y, probablemente, porque me vi reflejado en ella cuando, muchos años atrás, yo también lo había hecho en la mañana de este viernes santo.

Y me sigue conmoviendo, ahora que la fatiga de la semana y el peso de la edad me impiden acabar esta procesión, cuando la veo pasar por delante de nuestra casa, sonriendo livianamente mientras alza los ojos buscándome en el balcón. Entonces rezo y me emociono porque en ella está depositada la esperanza de que un día, en otra Semana Santa, pueda poner con ternura a su hijo la túnica de laval y dejarlo en mis manos para irnos a la iglesia y principiarle en ese amanecer que a buen seguro permanecerá en su corazón hasta el fin de la vida.

Pero hasta entonces, ahí estará mi hija y las de ustedes, marchando despaciosamente por las viejas calles que un día recorrimos nosotros custodiando, alumbrando, a Nuestra Madre de las Angustias en su peregrinación hacia la gloria del Domingo de Resurrección. Y antes de dejarla en su templo aún tiene fuerzas para cantar su oración más amada en forma de Salve, entre velas encendidas de ternura y ojos misericordiosos mirándola con amor.

CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Soledad. Hoy, sábado noche, sale la Virgen sola de su templo. Ha muerto Jesucristo, el Hijo, y toda Zamora, mujeres y hombres, participan de la soledad de la madre. Hoy no tiene ese bosque de fieles cruces. Ayer enterraron los hombres buenos a Jesús y hoy las mujeres lloran desconsoladamente. Y en San Juan esperan a La Soledad, donde en la mañana del Viernes Santo había despedido a su Hijo, esas mujeres de Zamora; vienen todas, las pequeñas y las ancianas, las jóvenes y las mayores, de piadoso luto, alumbrando con pequeñas tulipas la imagen que cuelga de tan devotos cuellos.

Cuando era joven, y ahora también, me ilusionaba acompañar a mis hermanas a San Juan. Me gustaba compartir con ellas y sus amigas la emoción sublime de volver a ver a la Soledad salir a la calle; reconozco que es en este día cuando más me fijo en la Virgen y la veo más sola que nunca, más triste que unas horas antes, más apagada su mirada postrada sobre las flores, incluso me parecen más gruesas sus lágrimas...

Ya está plantada la Virgen más querida en el gótico arco de San Juan. Agentes de la policía municipal, de gala, le ofrecen respeto y fervor. Todo está dispuesto. Sale de su iglesia la Soledad empujada por los acordes del himno nacional que ahora suenan más emotivos que nunca. Arranca la procesión y marcha la Virgen escoltada por cientos, hoy ya miles, de mujeres ocultando su pena bajo el luto de este sábado que nos anuncia el final de la pasión. Y los hombres, yo, me quedo un rato viendo el lento, pausado, avanzar de las damas, presumiendo de cristiano y de hijo dolorido ante la aflicción de su madre, mientras los tambores y trompetas nos dicen que la procesión ya se ha ido

Hoy las niñas zamoranas, a la vera de sus madres y de sus abuelas, contemplan –quizá sobrecogidas y siempre emocionadas ante el desfile– a su Virgen de la Soledad y observan sus frágiles manos, conmovidas ante las lágrimas que resbalan por sus benditas mejillas.

En los pensamientos de esas niñas se entremezclan los recuerdos piadosos, recogidos de la tradición familia, con los palpitos del corazón y las primeras inquietudes amorosas, esas que las harán avanzar deprisa por la fila, agachar la cabeza y mirar de reojo hacia la acera, sonriendo tímidamente a ese joven que les quita las horas de sueño y les acelera los latidos de sus jóvenes y puros corazones. Por todo esto, al menos una vez en el año, en esta noche del Sábado Santo, ya no se sienten niñas, sino mujeres zamoranas que presentan, en sus ojos, las ilusiones de toda una vida y, en su ánimo, las emociones cristianas reforzadas por la mirada caída pero plena de ternura que la Señora de Zamora les ofrece en su lento avanzar por las calles y que luego, días después, ellas recorrerán vestidas con los uniformes colegiales de la infancia.

Pero ahora están ahí, dispuestas de corazón y devoción, desprendidas del dolor y de la pena que les otorgaran los años, portando en sus manos humildes velas para iluminar la triste soledad de la Virgen y ruborizar sus infantiles mejillas. Dispuestas para acompañarla entre las gentes zamoranas y que estas puedan volver a verla mecida por esas marchas fúnebres que forman parte de nuestras vidas: Mater Mea, Thalberg, Dolor de una Madre... Volver a verla recorriendo las calles por donde su Hijo había arrastrado su dolor con la cruz a cuestas el día antes



CASA DE ZAMORA

PREGÓN SEMANA SANTA 2011

ENRIQUE CRESPO

Los hombres de Zamora corremos de una calle a otra, atajando entre las callejas, para ver una y otra vez a nuestra Virgen y a nuestras mujeres; para verlas de nuevo, como hacíamos muchos años antes, cuando todos éramos adolescentes y las seguíamos por Santa Clara esperando el saludo con la mano y la mirada avergonzada, gestos que guardaremos para siempre en el corazón

Baja la procesión por la calle Renova. La soledad y el silencio son grandes. La Virgen, a las puertas de su casa, espera sola en su fe mientras las mujeres zamoranas la rezan en forma de Salve.

Ya está dentro de San Juan y, al poco tiempo, en su capilla, para recibir los rezos y plegarias de esta ciudad durante todo el año.

Resurrección. Quedó comprobado que Cristo había muerto; lo atestigua el Centurión que informa a Pilatos. Lo dice el Evangelio. De ahí la grandeza de su gloriosa resurrección. Será nuestro señor resucitado quien nos dé el gozo del día a día. El aire, limpio y benigno, recoge los estruendos de la pólvora. Muchos niños se levantan taciturnos a pesar del jaleo en el ambiente. En su inocencia se encuentran apenados porque se han terminado las procesiones.

Seremos los mayores quienes con nuestra radiante y elegante apariencia –que menos para semejante celebración- les convenzamos de que es todo lo contrario.

Por eso, aunque les cueste levantarse de la cama, hay que llevarlos hasta la Horta y contagiarlos de la esperanza y la alegría de la Resurrección, con las varas floreadas y enseñoreadas con nuestros colores.

Hay que animarles a emprender la empinada cuesta del Pizarro junto al Cristo Resucitado y llegar a la Plaza de las Marinas donde les espera el churrito y el chocolate, pero también los deseos de una feliz Pascua, la de la primavera iluminada.

Hay muy buenos momentos a lo largo de esta mañana: uno de ellos está en esa casa. Es otra tradición del Domingo de Resurrección. Reconfortados por la amabilidad y hospitalidad de Antonio Pedrero y contagiados por la alegría de su familia, emprendemos la carrera hacia la Plaza Mayor.

A mí siempre, desde joven, me ha emocionado el paso por la rúa de los Francos ante la casa de Conchita Miranda y la parada de reverencia ante las monjitas Siervas de María en la Magdalena ¡Que tristeza por su ausencia y que recuerdos tan entrañables de esos momentos!

Todos los años me conmuevo pero nunca tanto como aquel domingo en que observaba, en una de las ventanas de Conchita Miranda, a una pareja de viejecitos. Impulsado por los compases de Cordero de Dios, había iniciado Cristo su reverencia a las Siervas que, con las manos prendidas al corazón, la recibían con humildad; sin embargo yo seguía mirando al matrimonio de ancianos y me pareció, seguro que sí, verles cerrar los ojos mientras se reclinaban el uno contra el otro. Se levantó el Resucitado por tercera vez y ellos se arrodillaron cuidadosamente. Pero enseguida se incorporaron y con lágrimas en las mejillas comenzaron a aplaudir. Fue la mejor reverencia que yo he presenciado nunca.



CASA DE ZAMORA
PREGÓN SEMANA SANTA 2011
ENRIQUE CRESPO

Recorremos la rúa mostrando nuestro júbilo sin recelo, sin la fatiga de otros días, sin el olor intenso a cera; con los semblantes descubiertos, como hicieron siempre otros zamoranos y nosotros mismos en los Domingos de Resurrección, reclamando al fotógrafo la inmortalización del momento. Y parando en aquella bodeguita de la cuesta de Alfonso XII a tomar mistela antes del Encuentro.

Está la mayor de las plazas zamoranas repleta de un gentío ilusionado. Atronan cohetes y escopetas. Al fondo, en la calle Sagasta, ha sonado por última vez este año la melancólica partitura de la marcha de Thalberg. Las varas tocadas y enlazadas se elevan para adornar el encuentro. Se paran los pasos.

La Virgen ya está con su Hijo, al que recibe con los brazos abiertos: el Amor de la Madre ha vencido al Dolor de una Madre. La marcha real acaba con el luto de la Virgen que se abraza con el Hijo en forma de reverencia. Otra primavera más se ha hecho el milagro de la Resurrección y con él se nos vienen del recuerdo nostálgico las estampas imborrables de la memoria.

Con la emoción desbordada por la consagración de la fe, descendemos por Balborraz para llegar a Santa María de la Horta en donde se cerrará, un año más, esta Semana Santa imponente y eterna.

Y acabo en donde empezó todo, en nuestra casa de la rúa, a la que espero regresar muchos años. Ustedes me sabrán perdonar por haber aprovechado mis vivencias y recuerdos personales para exponer lo que ahora, a mis cincuenta y dos años, representa para un hijo de Zamora la Semana Santa. Seguramente he pecado de egoísta por mostrarles una visión demasiado íntima y subjetiva. Confío en su redención. Pero, por otra parte, estoy seguro que en mi alocución se han visto reflejados y recordados muchos momentos y personas cercanos a ustedes a lo largo de sus vidas.

Eternamente agradecido por su presencia y atención les doy las gracias de corazón.